

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Después de la tormenta

Es falso e infantil dividir el mundo en países buenos y países malos. Hay países más libres y democráticos que otros, hay países que respetan más que otros la soberanía ajena y también hay países de desgracia, sin patria y sin futuro. Porque vamos a ver y estamos viendo la situación de kurdos, chiitas y palestinos, tres casos de colectividades cuya situación, a resultas de la guerra del Golfo, es macabra, vergonzosa, esperpéntica. Se les alentó para que combatiesen contra Saddam Hussein, ellos lo hicieron, y luego el derrotado dictador iraquí los ha convertido en víctimas de uno de los genocidios más flagrantes y televisados de la historia.

Estos millones de personas reciben ahora, por parte de los vencedores de Saddam, caridad, pero no justicia. Y el llamado nuevo orden mundial se estrena repartiendo alimentos, ropa, medicinas, tiendas de campaña y organizando campos muy parecidos a los de los palestinos en los países ocupados por Israel.

Este nuevo orden es más económico que político, pues obedece mucho más a los intereses de las grandes compañías multinacionales que a las tímidas resoluciones y condenas de las Naciones Unidas, que llegan, además, siempre con retraso. Y esto sucede porque el poder militar y político está siempre supeditado al poder económico, mucho más rápido en sus decisiones y con una visión fría y pragmática.

Es sabido que todas las guerras se han hecho y se hacen por motivos materiales, económicos a fin de cuentas, aunque luego se vistan de cruzadas, de guerras santas, de movimientos bélicos para restaurar la justicia y el orden en cualquier parte de la tierra y se diga que obedecen a otras razones éticas y hermosas.

De acuerdo, por supuesto: Saddam Hussein es un miserable, un tirano frío y sanguinario, un genocida. Pero ya lo era antes de invadir Kuwait, cuyo gobierno era, a su vez, dictatorial y corrupto, pues allí el que acumulaba todos los poderes divinos y humanos era, y ahora vuelve a ser, el emir Jaber Al Ahmed Al Sabah, otro pájaro de cuenta, con miles de millones repartidos en bancos y empresas de todo el mundo.

Y volviendo a Saddam, también multimillonario, con dinero en Suiza, Francia, Italia, Alemania y también en el mismísimo Estados Unidos, no se puede olvidar que fue armado y apoyado, en su guerra de ocho años contra Irán, por las potencias occidentales y por la URSS y los entonces llamados países del socialismo real.

Ahora Saddam ha sido derrotado, no sin antes verter tremendas cantidades de petróleo en las aguas del golfo Pérsico y de dar candela e incendiar cientos y cientos de pozos de crudo kuwaití. Su derrota significó la liberación, no la liberaliza-

ción, de Kuwait, y esto es internacionalmente correcto, pero también supuso la destrucción casi total de las principales ciudades de Irak: los bombardeos, espectaculares y masivos, causaron más víctimas en la población civil que todas las acciones bélicas en el ejército de Saddam. Para USA y sus aliados, la guerra fue limpia y rápida, como una tormenta del desierto, y el número de bajas que tuvieron fue increíblemente pequeño: mejor así, claro.

Saddam fue derrotado, pero no tanto. No tanto como para quedarse sin hombres y armamento,

Saddam: ahora acaba de conceder una rapidísima autonomía a los kurdos iraquíes, tras unas conversaciones con sus líderes, en Bagdad. Esas graciosas y rarísimas concesiones no son de fiar en boca de un embustero de tomo y lomo: en 1970 ya prometió la autonomía al kurdistán iraquí, promesa que no cumplió, como era de esperar. Y quince años más tarde abrasó, con bombas de fósforo, o asfixió, mediante gases letales, a más de cinco mil kurdos en pocos días.

Ahora, en el norte, los campamentos de los kurdos sobrevivientes están situados en territorio iraquí, para estar a salvo de los desmanes del ejército turco, pues cuando estaban al otro lado de la frontera, los turcos robaban los alimentos, la ropa y las tiendas de campaña que varios países de Occidente lanzaban en paracaídas, y además apaleaban a los refugiados como si fuesen ganado, violaban a algunas mujeres y disparaban sobre la multitud de huidos, provocando heridos y muertos. Ahora, tropas de Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Alemania y otros países europeos ayudan y seguirán ayudando a los kurdos a instalarse en grandes campamentos mejor organizados y equipados, y asimismo les protegen de los soldados de Saddam, que merodean por las cercanías de la zona como chacales del desierto, aunque afirman no ser soldados, sino policías. No se sabe bien con qué título las tropas de los países aliados están allí, pero no importa: el más elemental derecho de gentes justificaría esta atípica presencia internacional en un país cuyo gobierno no la solicitó.

La mayoría de los kurdos prefiere quedarse en estos campos que regresar a sus ciudades vacías, en las que las tropas de Saddam han hecho desaparecer los registros civiles, los de la propiedad y los catastrós, con lo que los kurdos no podrán recuperar sus casas ni sus tierras.

Los kurdos del sureste iraquí y los chiitas del sur han corrido una suerte parecida a la que se acaba de resumir: las aglomeraciones caóticas en los pasos, fronterizos o no, son enormes y trágicas, e Irán afirma que, sin una importante ayuda internacional, que ha comenzado a recibir, no puede dar cobijo, vestido y alimentación a centenares de miles de refugiados que ya entraron en el país, y mucho menos aún a otros centenares de miles que aguardan hacerlo.

¿E Israel? Bien, gracias, pero no quiere ni oír hablar de dejar los territorios ocupados, sino que los está colonizando para asentar a los miles de judíos que llegan de la URSS.

¿Cómo será, pues, el nuevo orden mundial que se pregunta? No se sabe: puede tomar muchas formas diferentes. Se admiten apuestas, pero ustedes ya saben que los dados están cargados. ●



JOAN CASAS

pues le quedaron los suficientes y aún más para masacrar y poner en desbandada a los kurdos, en el norte, y a los kurdos y chiitas, en el sureste, buscando refugio en Turquía y en Irán.

En el otro lado, en Kuwait, los desgraciados palestinos que trabajaban en el emirato han sido maltratados, torturados, linchados y fusilados sin juicio alguno, pagando así el patinazo de Yasser Arafat al decirles que se decantaran en favor de Saddam. Ahora, cuando ya han muerto casi todos, el emir le ha jurado a James Baker, secretario de Estado norteamericano, que eso no volverá a ocurrir, que no lo hará más.

También se muestra generoso el resarcido